

La revolución de los ricos.

Cómo las élites se preparan para sobrevivir al colapso que ellas mismas provocan.

1. El colapsismo. El diagnóstico que nadie quería escuchar.

Durante décadas, hablar del colapso de la civilización industrial era cosa de agoreros, de profetas del Apocalipsis o, en el mejor de los casos, de escritores de ciencia ficción. El colapsismo, término acuñado por Pablo Servigne y Raphaël Stevens en su libro *Cómo todo puede colapsar* (2015), se ha convertido en una corriente de pensamiento seria, transdisciplinar y, lo que es más inquietante, empíricamente fundamentada.

Las tesis colapsistas no señalan que el mundo vaya a acabarse mañana, sino que la combinación de crisis ecológica, energética, económica, social y política está superando nuestra capacidad de respuesta. El cambio climático avanza más rápido de lo previsto. Los recursos naturales se agotan, la desigualdad se dispara y las instituciones se tambalean. Y, sin embargo, seguimos actuando como si nada de eso estuviera ocurriendo, como si viviéramos dentro de la película *Don't Look Up* (2021)

Carlos Taibo, exprofesor de Ciencia Política en la Universidad Autónoma de Madrid y una de las voces más lúcidas sobre el colapso en el ámbito hispanohablante, lo resume con crudeza: "el capitalismo terminal ha entrado en una fase de colapso que ya no puede revertirse, solo gestionarse".

Su propuesta no es la del catastrofismo, sino la del decrecimiento: reducir voluntariamente la producción y el consumo en los países ricos para vivir dentro de los límites del planeta.

Pero mientras Taibo y otros pensadores nos invitan a repensar nuestro modelo de vida, las élites económicas han llegado a una conclusión muy distinta: si el colapso es inevitable, que nos pille con un búnker.

2. Los que rompen el mundo se preparan para sobrevivirlo.

Hay una ironía en todo este fenómeno que conviene subrayar desde el principio: quienes más han contribuido a generar las condiciones del colapso son quienes mejor se preparan para sobrevivirlo.

No hablamos de ciudadanos preocupados por el futuro de sus hijos, ni de comunidades que ensayan formas de vida sostenibles. Hablamos de multimillonarios que han construido sus fortunas sobre la explotación de recursos, la financiarización de la economía y la destrucción del medio ambiente. Los mismos que niegan el cambio climático en sus medios de comunicación, financian lobbies para bloquear legislaciones ambientales y trasladan sus fábricas a países donde las leyes laborales son inexistentes.

Y son, al mismo tiempo, los que compran tierras en Nueva Zelanda, construyen búnkeres en Hawái y acumulan lingotes de oro en previsión del "fin del mundo".

Para ellos, el colapso no es una catástrofe que evitar, es una oportunidad de mercado y un filtro social. Quien pueda pagar su salvación, sobrevivirá, y quien no, se quedará fuera. La "revolución de los ricos" no es una revolución, sino una huida del sistema que ellos mismos han creado.

3. El búnker como símbolo de una época.

El búnker de lujo es el monumento funerario del siglo XXI. No se construye para honrar a los muertos, sino para enterrar en vida a los vivos que se creen merecedores de sobrevivir.

Mark Zuckerberg, fundador de Meta, está construyendo un complejo subterráneo de 1.400 acres en Hawái, con un búnker de 465 metros cuadrados, túneles interconectados y redes energéticas independientes. No contento con su refugio, ha comprado propiedades adyacentes para expandir su "complejo", creando un verdadero feudo privado en una isla que ya es, en sí misma, un paraíso fiscal y un refugio climático.

Peter Thiel, cofundador de PayPal, ha comprado 200 hectáreas en Nueva Zelanda y ha mostrado su "condominio de supervivencia" en Texas. Sam Altman, CEO de OpenAI, admite tener armas, lingotes de oro, yoduro de potasio, antibióticos y máscaras antigás. Martín Varsavsky, empresario argentino-español, posee 32.000 hectáreas en los Andes argentinos, cerca de reservas de petróleo, como refugio para una guerra nuclear.

En Queenstown, Nueva Zelanda, se rumorea que las élites de Silicon Valley están construyendo búnkeres en una zona que algunos señalan como "el último lugar del mundo en sucumbir a un apocalipsis". Empresas como Survival Condo venden unidades en antiguos silos de misiles por hasta 5 millones de dólares, con piscina de agua salada, cine, jardines hidropónicos e incluso una celda para residentes conflictivos.

Y luego está el caso de Aerie, un refugio de lujo de 300 millones de dólares que ofrece membresías de 20 millones para "CEOs moderadamente exitosos". Sus niveles incluyen una "Membresía Asilo" solo por invitación, para los más selectos entre los selectos. Porque, al parecer, ni siquiera en el Apocalipsis se libra uno de la jerarquía social.

4. La competencia del pavoneo. El búnker como objeto de estatus.

Lo más revelador de todo este fenómeno no es que los ricos se preparen para el colapso, es que compiten por tener el mejor refugio. Como si de un yate o un reloj de lujo se tratara, el búnker se ha convertido en un objeto de estatus. No basta con sobrevivir, hay que sobrevivir con estilo. Los multimillonarios de Silicon Valley no solo construyen refugios, los exhiben. Comparan sus planes de evacuación, la capacidad de sus generadores o la calidad de sus sistemas de filtrado del aire.

Es el mismo pavoneo que exhiben en sus vidas diarias (el yate más grande, la casa más espectacular o el jet privado más rápido) trasladado al terreno de la supervivencia. La diferencia es que, esta vez, el premio no es la envidia de los vecinos, sino la vida misma.

Douglas Rushkoff, profesor de la Universidad de Nueva York, fue invitado en 2017 a dar una charla a un grupo de multimillonarios. Esperaba hablar del futuro digital. Ellos querían saber cómo proteger sus búnkeres de una marabunta desesperada. La pregunta que acabó dominando la conversación fue *"¿Cómo mantengo la autoridad sobre mi fuerza de seguridad cuando la gente desesperada intente entrar?"*

Esa pregunta lo dice todo. No preguntan cómo evitar el colapso, preguntan cómo protegerse de los que no podrán pagar su salvación. Y en esa pregunta se revela la verdadera naturaleza de su proyecto. No es un plan de supervivencia, es un plan de secesión.

5. La huida hacia Marte. La coartada del "plan B".

Si los búnkeres son el refugio de los ricos en la Tierra, Marte es su coartada en el espacio. Elon Musk, el hombre más rico del mundo, lleva años prometiendo colonizar el planeta rojo como "plan B" para la humanidad. Su empresa SpaceX ha invertido miles de millones en el desarrollo de cohetes reutilizables, con el objetivo declarado de establecer una colonia autosuficiente en Marte.

Pero ¿qué hay detrás de esa promesa? La colonización de Marte no es un proyecto científico, es un espejismo que sirve para dos propósitos: por una parte, justificar la explotación continuada de la Tierra ("no importa destruir este planeta, porque tenemos otro"), y por otra, alimentar el ego de quienes se presentan como salvadores de la humanidad.

Mientras Musk sueña con ciudades en Marte, sus empresas siguen explotando recursos en la Tierra, contaminando el aire y contribuyendo al cambio climático. La promesa del "plan B" es, en realidad, una coartada para no cambiar el plan A. Es la versión interplanetaria del "que se jodan los que vengan detrás".

6. La acumulación de tierras. El seguro de vida de las élites.

No solo búnkeres y cohetes. Los ultrarricos están comprando tierras a gran escala en Nueva Zelanda, Argentina, Hawái y otras zonas remotas.

El fundador de LinkedIn, Reid Hoffman, estimó que más del 50% de los multimillonarios de Silicon Valley han adquirido algún tipo de "seguro en caso de apocalipsis".

La tierra es el refugio de valor por excelencia. En un mundo incierto, donde las monedas pueden devaluarse y las acciones desplomarse, la tierra sigue siendo tangible, finita y, sobre todo, controlable. Los ricos no compran tierras para cultivarlas, sino para atesorarlas. Son sus reservas estratégicas, sus fortalezas privadas y sus feudos personales.

En América Latina, en África y en Oceanía, grandes extensiones de territorio están pasando a manos de fondos de inversión y multimillonarios. La tierra, que durante milenios fue un bien común gestionado por comunidades, es un activo financiero en manos de unos pocos.

7. El absurdo de la salvación. ¿Qué esperan conseguir?

Llegados a este punto, la pregunta inevitable es: ¿qué esperan conseguir?

Si se produce un cataclismo (una guerra nuclear, un colapso climático irreversible o una pandemia devastadora), ¿cuánto tiempo y cómo esperan vivir en sus búnkeres? ¿En qué condiciones?

La respuesta, si uno se molesta en buscarla, es desoladora. Los refugios más avanzados, diseñados para un colapso climático o una guerra nuclear, están pensados para sobrevivir meses, no generaciones. Dependen de sistemas de "ciclo cerrado" que pretenden replicar los procesos de la Tierra en un espacio subterráneo, una tecnología que aún es en gran medida teórica para periodos prolongados.

Además, como advierten expertos en defensa, existe un fallo crítico de 72 minutos. Si se desata un intercambio nuclear, los multimillonarios no podrían llegar a sus refugios en las antípodas a tiempo. Su plan no es de supervivencia, es de autoengaño.

Y aunque logran sobrevivir, ¿para qué? ¿Para vivir en un búnker con piscina y cine, rodeados de guardias de seguridad que, en algún momento, se preguntarán por qué obedecen a un puñado de privilegiados mientras el mundo se desmorona fuera? ¿Para reproducir, en un espacio confinado, las mismas jerarquías y desigualdades que han provocado el colapso?

Es la patética escenificación de un poder que, ante su propia creación monstruosa, se descubre impotente. No han construido un futuro, han construido un refugio del presente. Y ese refugio, por muy lujoso que sea, no es más que una jaula dorada.

8. La respuesta del decrecimiento. Carlos Taibo y la vía de la sobriedad.

Frente a esta huida hacia adelante, otras voces proponen un camino radicalmente opuesto. Carlos Taibo, referencia del movimiento decrecentista, sostiene que el colapso del capitalismo terminal es inevitable si no cambiamos de rumbo.

Su propuesta no es la de los búnkeres, sino la del decrecimiento: reducir voluntariamente la producción y el consumo en los países ricos para vivir dentro de los límites del planeta.

Lejos de ser una utopía, Taibo lo plantea como una necesidad urgente y una oportunidad. Sus propuestas son concretas: "poner los frenos de emergencia" al crecimiento, redistribuir radicalmente la riqueza para "vivir mejor con menos" y recuperar la vida social y las formas de autogestión y apoyo mutuo que hemos perdido.

Taibo no niega la gravedad de la situación. Reconoce que el colapso ya está en marcha y que sus efectos (crisis energética, escasez de recursos y conflictos geopolíticos) se intensificarán en las próximas décadas. Pero frente a la respuesta de las élites (aislarse, protegerse y abandonar a su suerte a la mayoría), Taibo propone lo contrario: compartir, reducir y cooperar.

No se trata de volver a la Edad Media, sino de construir un modelo social más justo y sostenible, un modelo donde la vida no se mida por lo que se posee, sino por lo que se comparte. Donde la seguridad no venga de un búnker, sino de una comunidad. Donde el futuro no sea un privilegio, sino un proyecto colectivo.

9. El futuro como privilegio o como proyecto colectivo.

La revolución de los ricos no es una revolución, es una huida. Es la respuesta de quienes, habiendo roto el mundo, no quieren arreglarlo, sino escapar de él. Es la expresión más pura de una ideología que ha convertido la supervivencia en una mercancía y la solidaridad en una debilidad.

Pero esa huida está condenada al fracaso. No hay búnker que proteja de un colapso sistémico. No hay isla que aísle de la crisis climática. No hay colonia en Marte que sustituya a la Tierra. La "revolución de los ricos" es la revolución de quienes han renunciado a la especie.

Frente a ella, la propuesta del decrecimiento no es una utopía, sino una necesidad. No es una renuncia, sino una liberación. Es la apuesta por un futuro que no sea un privilegio de unos pocos, sino un proyecto compartido por todos. Es la constatación de que, en un mundo finito, la única forma de sobrevivir es hacerlo juntos.

La pregunta que cierra este ensayo no es si el colapso llegará, porque probablemente ya está aquí, sino qué haremos mientras llega. Podemos construir búnkeres y esperar a que el mundo se derrumbe o podemos construir comunidades y empezar a vivir de otra manera. La elección, como siempre, es nuestra.